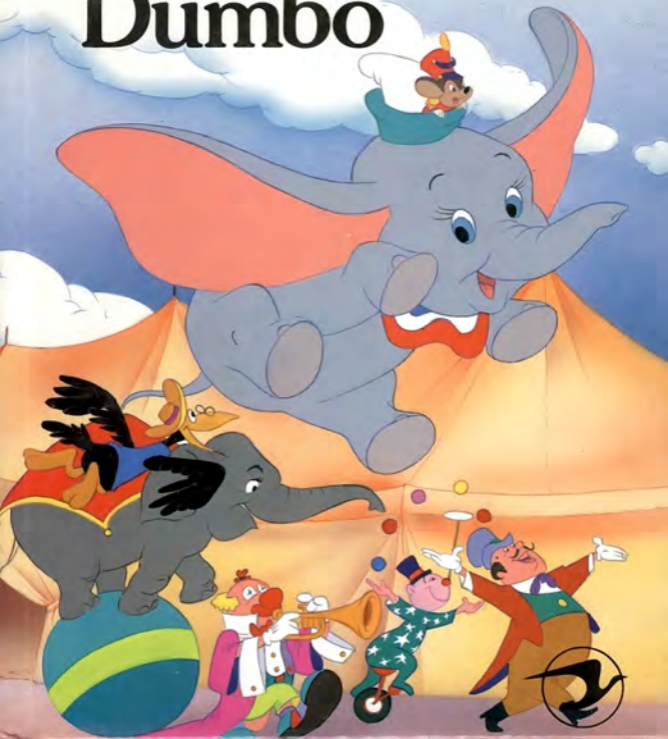


WALT DISNEY
Dumbo



WALT DISNEY

Dumbo

Adaptación: Michel Manière
Traducción: Ángel García Aller



Ediciones Gaviota, s.a.
MADRID — ESPAÑA



¡Duro trabajo para las cigüeñas! Han estado viajando durante toda la noche —una noche de tormenta y relámpagos— con unos grandes y preciosos paquetes colgando de sus picos. Por fin, la tempestad ha cesado, las nubes se han disipado y el sol ha dicho:

—¡Buenos días! ¡Aquí estoy yo!

Fue entonces cuando las cigüeñas pudieron divisar desde el aire, allá a lo lejos, la carpa del circo.

—¡Allí! ¡Allí es!

Segundos después, los paquetes caían de sus picos... y diez, veinte, treinta paracaídas blancos se desplegaban por el cielo.



Abajo, en tierra, la primera que se ha dado cuenta de esta lluvia de paquetes ha sido la jirafa, que, como sabéis, lo mira todo desde lo alto...

—¡Despertaos! ¡Despertaos!
—gritó dando saltos de alegría al reconocer a su hijito, cuyo largo cuello se salía del envoltorio.

El hipopótamo-bebé, por su parte, hizo un sonoro «pluf» al caer en el gran recipiente de agua donde lo estaba esperando su mamá.

A continuación, fueron cayendo un osito, un pequeño poney, un canguro... y así sucesivamente. La más afortunada, sin duda, fue la señora Leona: ¡cuatro bebés de un golpe! ¡Vaya suerte!

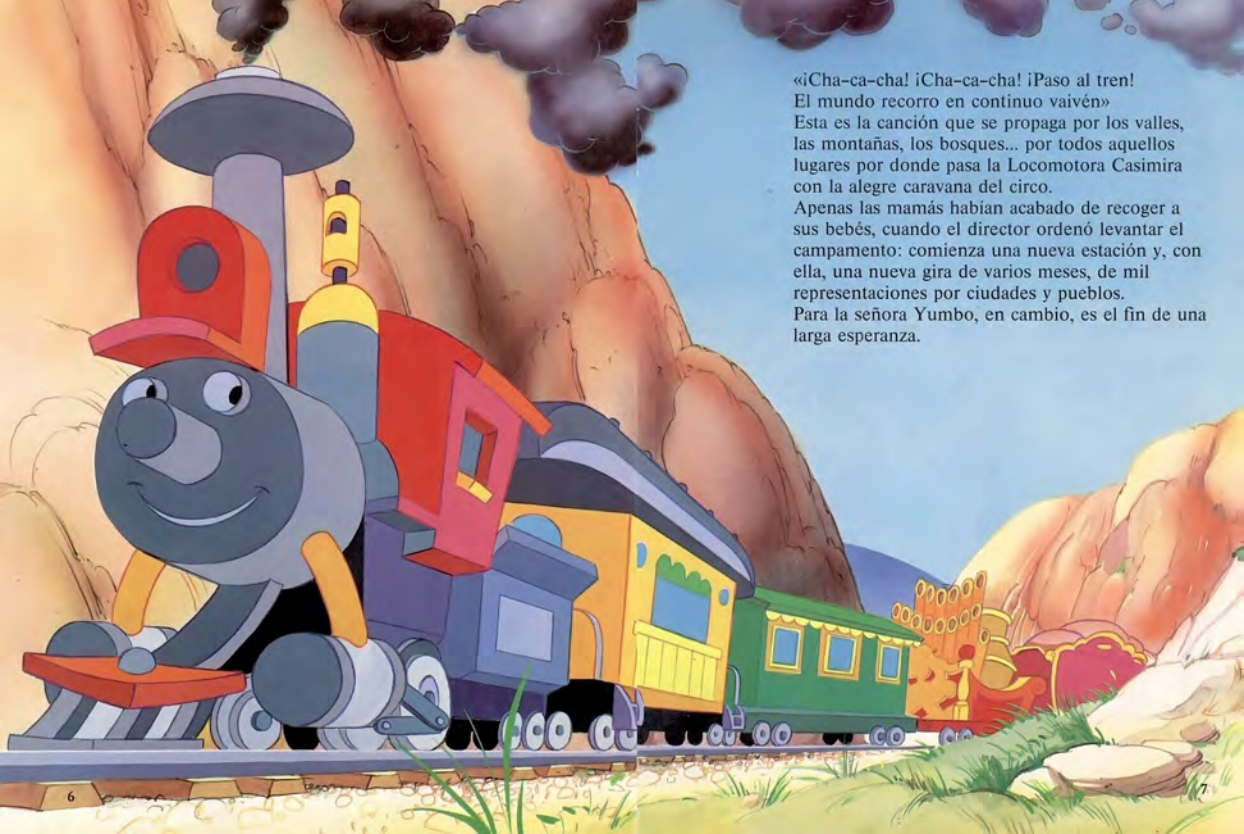


En cambio, para la señora Yumbo, ¡qué amarga decepción! Ha visto descender, uno tras otro, todos los paracaídas con sus correspondientes paquetes... ¡y ninguno es para ella!

—¡Qué injusticia! —suspiró la elefanta—. ¡Y yo que desaba este hijito con tanto amor!

Entonces, hecha ya a la idea de tener que esperar hasta la próxima primavera, se echó a llorar desconsoladamente.





«¡Cha-ca-cha! ¡Cha-ca-cha! ¡Paso al tren!

El mundo recorro en continuo vaivén»

Esta es la canción que se propaga por los valles, las montañas, los bosques... por todos aquellos lugares por donde pasa la Locomotora Casimira con la alegre caravana del circo.

Apenas las mamás habían acabado de recoger a sus bebés, cuando el director ordenó levantar el campamento: comienza una nueva estación y, con ella, una nueva gira de varios meses, de mil representaciones por ciudades y pueblos.

Para la señora Yumbo, en cambio, es el fin de una larga esperanza.

Pero... ¿quién anda sobre el techo de la locomotora, con su gorra de cartero, su petate de vagabundo y su pico de... su pico de qué? ¡De cigüeña, pardiez!

Una cigüeña rezagada, una cigüeña que se ha perdido en medio de una tormenta, la noche pasada, y que ha estado durante muchas, muchísimas horas buscando a su destinataria... Por fortuna, la locomotora traquetea muy fuerte y lanza una humareda muy alta... Tan pronto como la vio, se lanzó sobre ella en picado. Y ahí está, preguntando por la señora Yumbo. —¡Aquí dentro! ¡Aquí dentro! —le responden, mientras dos trompas le hacen señales por el tragaluz.





El cartero de largo pico ha hecho las cosas en regla: ha entrado personalmente en el vagón y ha depositado el envoltorio muy delicadamente.

Tan en regla, que, antes de irse, ha de rellenar incluso todo un albarán de entrega. La señora Yumbo, embargada por la emoción, se limitó a estampar con su pata, como firma por «recibido», un enorme borrón...

—¡Enhorabuena! ¡Felicidades! —le decían las demás elefantas, ansiosas por conocer al nuevo retoño.

Por fin, la joven mamá pudo abrir su paquete, su regalo tan esperado.

—¿Alguna reclamación? —preguntó la cigüeña—. Ya ve usted que tiene dos ojos, dos orejas, trompa y rabo...

—No, no. Ninguna —respondió Mamá Yumbo.

—Bien, misión cumplida. ¡Con el viento a otra parte! Y, efectivamente, la cigüeña se alejó por los aires.

Pero apenas acababa de marcharse la cigüeña, cuando surgieron los primeros problemas: de un violento trompazo, una elefanta celosa le arrebató el bebé a su madre y... **ipumba!**, éste cayó patas arriba.

Estupefacción, consternación, exclamaciones; allí hubo de todo: ien su caída, el elefantito desplegó unas orejas tan grandes, que las arrastraba por el suelo!

—¿Dónde está la cigüeña? ¡Hay que reclamar! ¡Hay que reclamar! —reían burlonamente las otras elefantas.





La señora Yumbo raras veces montaba en cólera. Pero en esta ocasión lanzó un bramido tan prolongado, tan agudo, tan estremecedor, que la locomotora a punto estuvo de descarrilar. Sus compañeras, atemorizadas, salieron inmediatamente de allí. Y ahora, en su compartimento individual, Mamá Yumbo consuela tiernamente a su bebé. —Te llamarás Dumbo, ¿de acuerdo? Y Dumbo hace un leve gesto con la trompa, como diciendo que aquel nombre le parece precioso.



Cuando se siente cansada, la locomotora Casimira habla en latín. Por eso aquella tarde, al llegar a una estación, se apresuró a decir: *Abrumata, fatigata, Casimira derrengata*, lo que, más o menos, viene a significar: «Ni palante ni patrás, Casimira hoy no anda más.»

—Levantemos la carpa —ordena el director.

—¡Manos y trompas a la obra! —le responden a coro.

Dumbo, a su edad, no es ni grande ni forzado, pero ayuda en todo lo que puede. Mamá Yumbo está muy orgullosa de él.



Una vez levantada la carpa e instalados los vagones del tren, grandes y pequeños se han ido a dormir. Y al día siguiente, el gran desfile: itambores, trompetas, música y alegría por doquier! Tieso y altanero sobre su caballo blanco, con la fusta en una mano y el megáfono en la otra, el director abre la marcha.

—Señoras, señores, damas y caballeros: ¡He aquí el circo que ha hecho desternillarse de risa, temblar de miedo y estremecerse de emoción a más de 933 países en 33 continentes! ¡Seres terrestres y extraterrestres, reyes y aldeanos, pobres y ricos han acudido por igual a presenciar nuestra función! No lo dudéis, venid todos; traed a vuestros hijos, a vuestros primos, a vuestras abuelas... ¡Las entradas son muy baratas!

Y mientras el director continúa arengando a la muchedumbre, detrás de él avanza un gigantesco hipopótamo. Sudando, resoplando, bostezando, arrastra un soberbio carro que pesa —según el director— nada menos que 33 toneladas...



A continuación, y al compás de la música, vienen los dromedarios balanceando sus jorobas; caballos al trote y engalanados con penachos de plumas; cebras «pintadas» a rayas (incluso una, un poco más rara, con pequeños lunares); monos haciendo unos gestos muy simpáticos; un precioso koala, una encantadora granjera... con ocas amaestradas. Luego, en sus jaulas, los animales salvajes: el león de África, el tigre de Bengala, la pantera de América, el puma...

Unos metros más atrás, vienen los payasos, los trapecistas, los malabaristas, dos extraños y temibles monstruos y, por fin, **iram-pa-ta-plam!**, con paso lento pero muy seguro, los elefantes.

Dumbo —que, por cierto, se ve obligado a dar diez pasos por cada uno que dan las elefantas— cierra el desfile agarrado a la cola de su mamá.



Va tan entusiasmado, que se pone a soñar: se imagina que es el rey del circo, que baila sobre el alambre tocando el violín, que se balancea en el trapecio, que trepa por el largo cuello de la jirafa...

—¡Cuidado! ¡Cuidado no te vayas a caer! —le gritan los niños al verlo pasar.

Pero Dumbo apenas les presta atención: ¡él es el rey! Es capaz de hacer nudos marineros con su trompa, de hacerle cosquillas al puma, de tirarle de la cola al león...

—¡Atención! ¡Atención! —le siguen gritando los niños.

¿Pero no se darán cuenta de que es el rey del circo? Ahora sueña que es ventrílocuo, que se traga sables, que lanza fuego por la boca, que pedalea sobre una bicicleta de una sola rueda...

—¡Cuidado! ¡Te vas a estrellar!

Y, efectivamente, se estrelló. ¡Cataplum!





Dumbo estaba tan ensimismado, su sueño era tan bonito, que se olvidó de sus grandes orejas y... ¡se pisó una con las patas delanteras! ¡Pobre Dumbo! Para colmo, justamente fue a caer en un charco.

Se levantó a duras penas, todo embarrado, mientras niños y mayores se mondaban de risa.

—¡Mirad! ¡Mirad! —gritaba la muchedumbre en delirio.

—¡Fijaos qué orejotas! ¡Son descomunales! —exclamó un chiquillo.

—¡Si le crecieran algo más, sería un monstruo muy simpático!

—¡O un enorme murciélago, si no fuera por esa nariz tan chusca!

—¡Eh, Tarzán! ¿Te has escapado de la selva?

¿Dónde perdiste los calzoncillos?

Dumbo nunca había pasado tanta vergüenza. En esos momentos, hubiera deseado que se abriera la tierra y se lo tragara. ¡Pero, aun así, sus malditas orejas asomarian por algún resquicio...!





Fue entonces cuando un chiquillo, más atrevido que los demás, se le acercó:

—¡A lo mejor estas orejas son falsas! ¿No serán de plástico?

Y, sin más ni más, le dio un terrible tirón para comprobarlo. Al pobre Dumbo, que se retorcia de dolor y de vergüenza, le asomaron dos lágrimas muy gordas... Mamá Yumbo, que hasta entonces había logrado contenerse, atrapó al granuja por la camisa y lo levantó con su trompa por los aires.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritaba el muchacho—. ¡Si me suelta, me mato!

Pero no era esa, por supuesto, la intención de la elefanta; lo único que quería era meterle un poco de miedo.

Desgraciadamente, tan pronto como depositó al muchacho en tierra, todos comenzaron a gritar:

—¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Esta elefanta está loca! ¡Socorro!

Los hombres del circo acudieron al instante.

—¡Atrapadla! ¡Atadla! ¡Encerradla! —seguían gritando los curiosos allí reunidos.

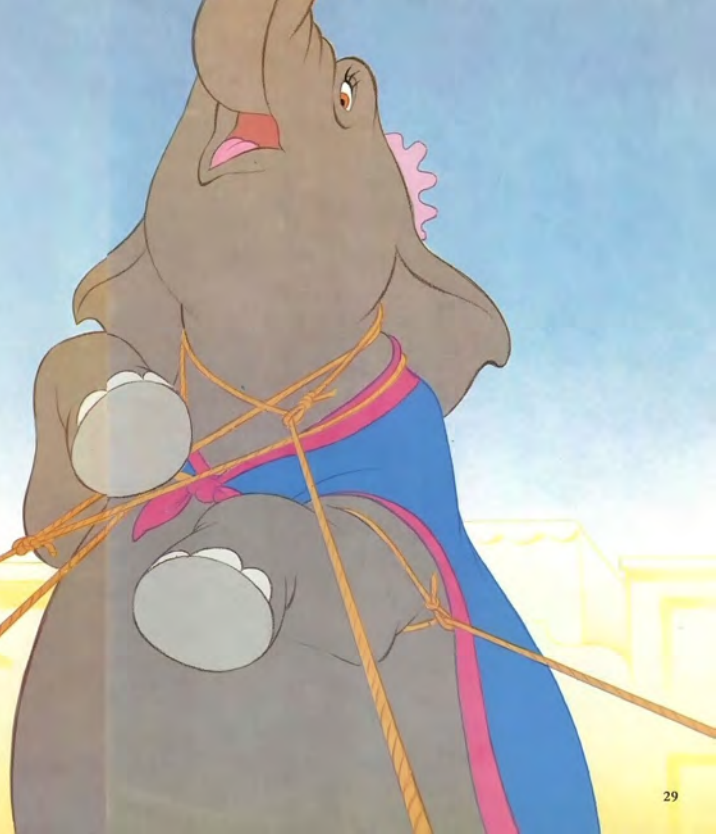
Los domadores arrojan entonces sus lazos.

Mamá Yumbo barrita con todas sus fuerzas, forcejea, trata de deshacerse de las ataduras..., pero las gruesas cuerdas están a punto de estrangularla. Lanza un último grito y se deja caer pesadamente al suelo.

—¡Al vagón calabozo! —ordena el director.

—¡Mamá, mamá! —grita Dumbo corriendo hacia ella.

Pero, inmediatamente, dos hombres lo atrapan y se lo llevan por la fuerza de allí.



Concluido el desfile, los elefantes regresan a su alojamiento.

—¡Se han llevado a mi mamá! —solloza Dumbo—. ¿Qué es el calabozo?

Las elefantas le vuelven la espalda riéndose y murmurando:

—¡Vaya pregunta! ¡Será ignorante este elefantito!

—¡De tal madre, tal hijo!

—¡Una de la familia en prisión! ¡Qué deshonra! Dumbo, incapaz de seguir escuchando aquellas palabras, se retira a un rincón y, escondido entre la paja, trata de ahogar sus lágrimas.



Al calor de la paja, Dumbo se ha quedado dormido. Pero, de repente, se ha despertado sobresaltado. ¿Estará soñando? Juraría que alguien le ha hecho cosquillas en la punta de la trompa...

—No, Dumbo, no estás soñando.

Entonces, el elefantito mira a su alrededor y descubre a un gracioso personaje, vestido de una manera muy extraña. ¿Cómo puede ser tan pequeño? ¿Y cómo puede hablar con una voz tan aguda?

—No tengas miedo. Lo he visto todo, lo he oído todo y, ¡palabra de ratón que aquí se va armar la marimorena!



Dicho esto, el ratoncillo se acerca sigilosamente a las elefantas, abre un boca más grande que él y lanza un grito... Pero, ¡ay, amiguitos míos, qué grito! ¡Nadie había escuchado jamás en su vida uno tan agudísimo! Y el pánico, por supuesto, cundió entre las señoras elefantas.

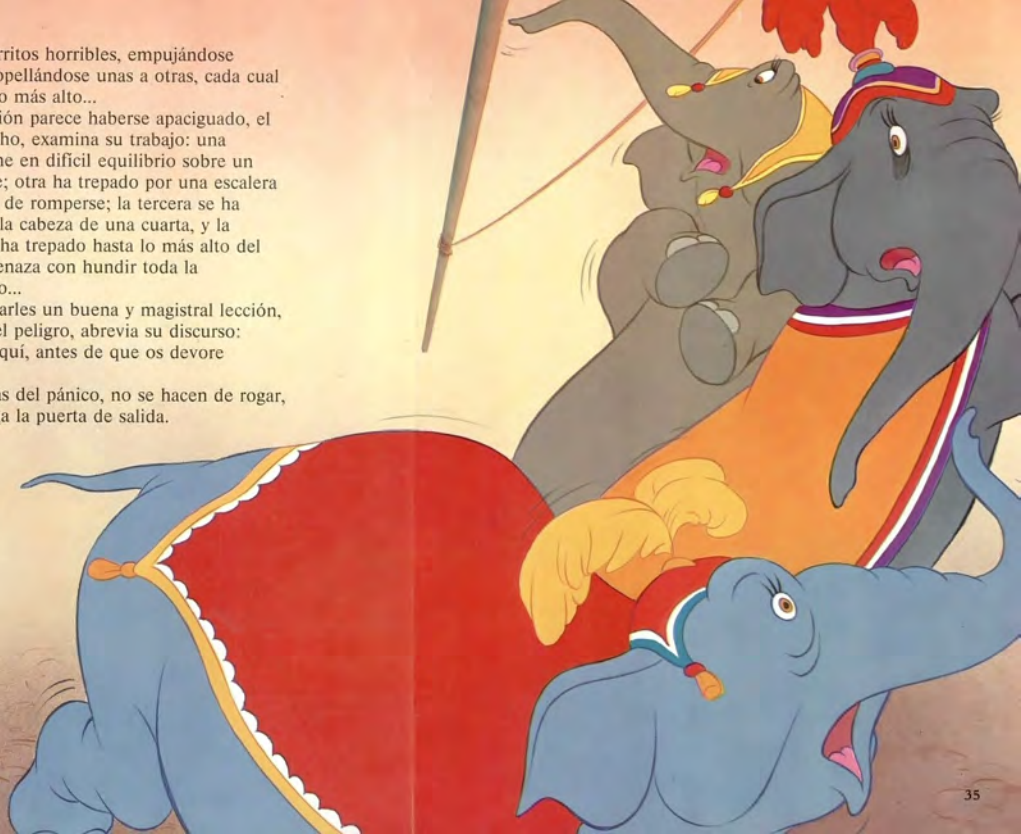


Lanzando unos barridos horribles, empujándose violentamente, atropellándose unas a otras, cada cual trata de subirse a lo más alto...

Y cuando la situación parece haberse apaciguado, el ratón, muy satisfecho, examina su trabajo: una elefanta se mantiene en difícil equilibrio sobre un minúsculo taburete; otra ha trepado por una escalera de cuerda, a punto de romperse; la tercera se ha encaramado sobre la cabeza de una cuarta, y la quinta... la quinta, ha trepado hasta lo más alto del poste central y amenaza con hundir toda la instalación del circo...

El ratón desearía darles una buena y magistral lección, pero, consciente del peligro, abrevia su discurso: —¡Largo todas de aquí, antes de que os devore crudas!

Las elefantas, presas del pánico, no se hacen de rogar, y se precipitan hacia la puerta de salida.





Una vez solos, el ratón le explica a Dumbo:
—Me llamo Timoteo; soy, como ves, un
ratoncillo muy pequeño, pero muy listo. Estoy
empleado en el servicio de limpieza; me encargo
de recoger papeles de caramelos, palitos de
pirulíes y cáscaras de cacahuetses...
¡Bueno, también recojo cacahuetses enteros!
Y le ofrece uno a Dumbo diciendo:
—¡Si tú quieres, seremos amigos!



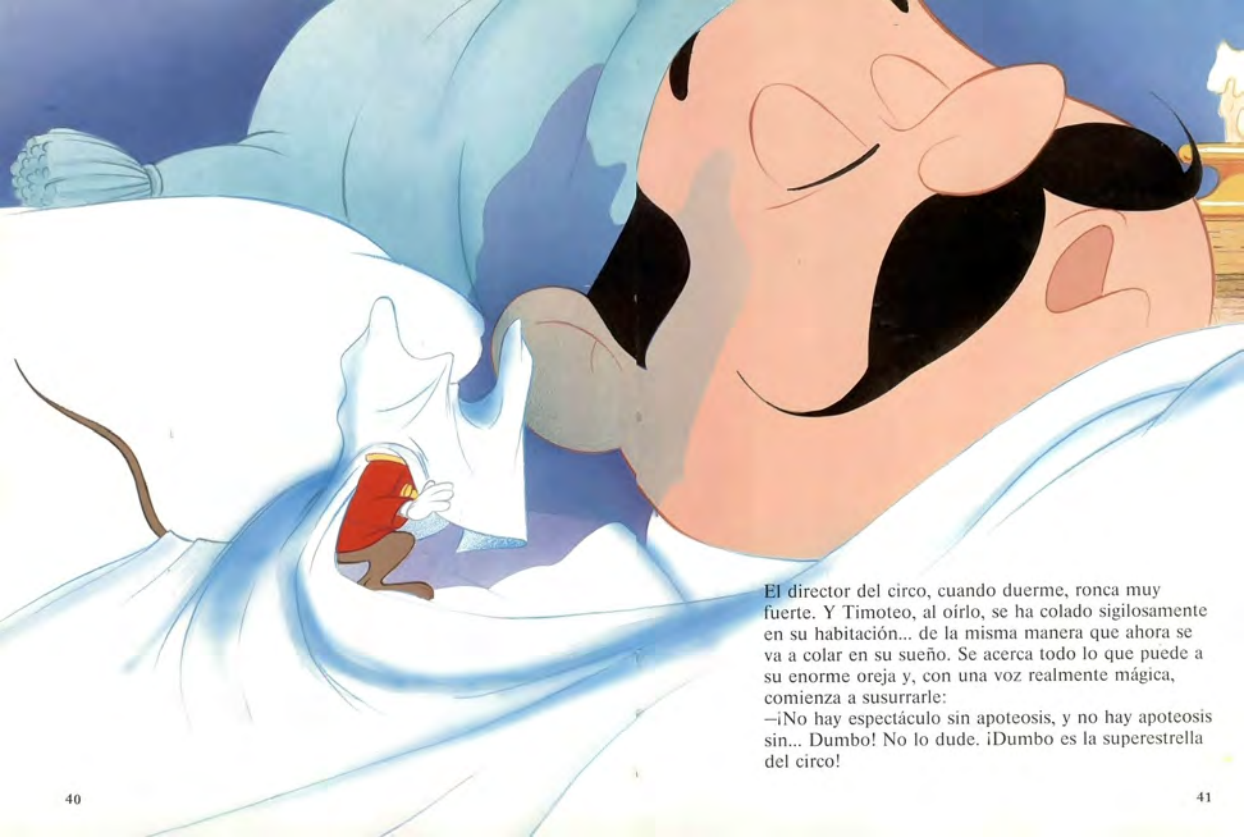


¡Cómo no va a querer Dumbo tener un amigo! No sólo acepta encantado el cacahuete, sino que alarga su trompa para darle las gracias. Y entonces Timoteo salta inmediatamente sobre ella...

—Aunque a mí nadie me ve —continúa diciendo el ratoncillo—, yo lo veo todo, lo oigo todo, lo sé todo. Sé, por ejemplo, que tu mamá está en prisión. Pero saldrá muy pronto, ¡palabra de Timoteo! Y también sé que te avergüenzas de tus grandes orejas, aunque, la verdad, no sé por qué. ¡A mí me parecen magníficas! ¿Acaso hay que ocultarlas porque se salgan de lo normal? Al contrario, sólo la gente que se sale de lo normal ha alcanzado la fama. ¡Y tú serás famoso! ¡Te lo dice Timoteo! Lo único que te pido es que confíes en mí. ¿Confiarás en mí?

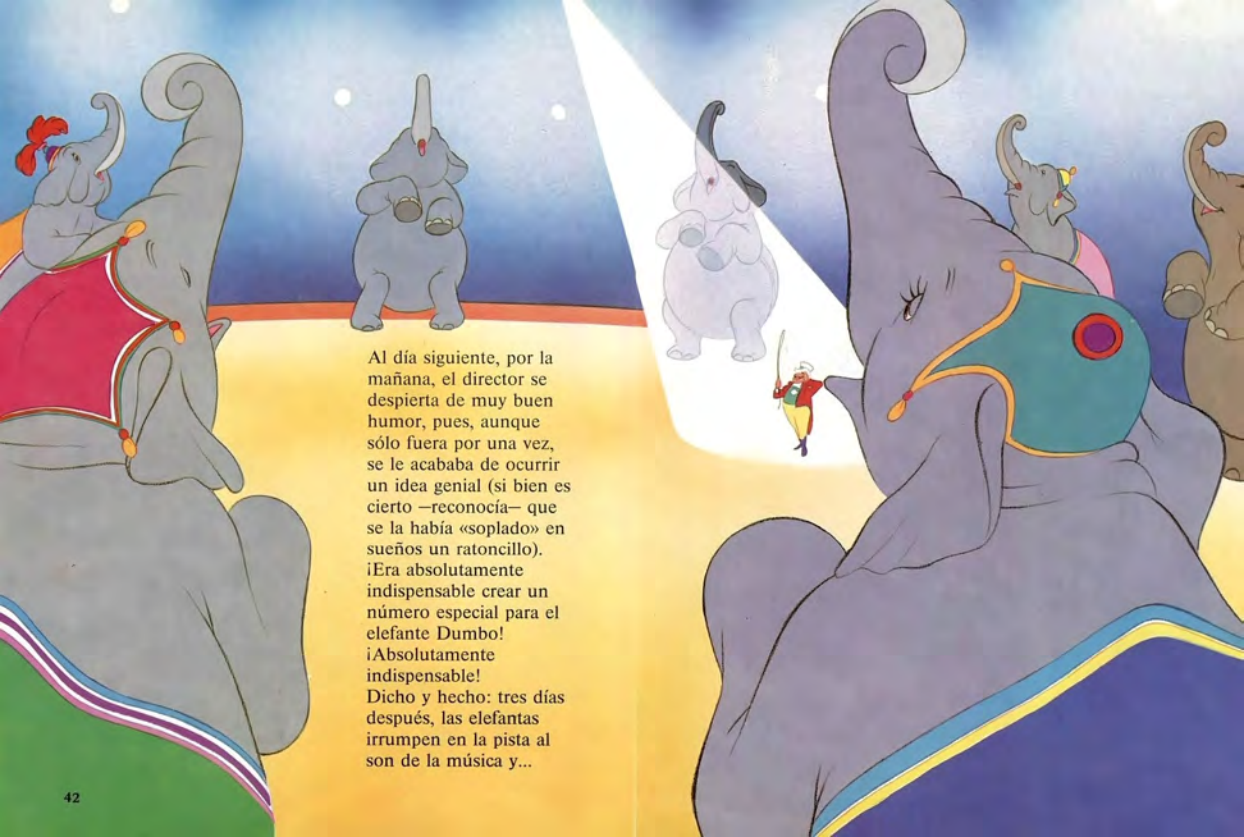
—Por supuesto —responde Dumbo.

—Entonces, no hay más que hablar. El éxito nos está esperando.



El director del circo, cuando duerme, ronca muy fuerte. Y Timoteo, al oírlo, se ha colado sigilosamente en su habitación... de la misma manera que ahora se va a colar en su sueño. Se acerca todo lo que puede a su enorme oreja y, con una voz realmente mágica, comienza a susurrarle:

—¡No hay espectáculo sin apoteosis, y no hay apoteosis sin... Dumbo! No lo dude. ¡Dumbo es la superestrella del circo!



Al día siguiente, por la mañana, el director se despierta de muy buen humor, pues, aunque sólo fuera por una vez, se le acababa de ocurrir un idea genial (si bien es cierto —reconocía— que se la había «soplado» en sueños un ratoncillo). ¡Era absolutamente indispensable crear un número especial para el elefante Dumbo! ¡Absolutamente indispensable! Dicho y hecho: tres días después, las elefantas irrumpen en la pista al son de la música y...

... ¡qué número!, ¡qué exhibición!

Los espectadores se quedan pasmados: una elefanta sobre un balón y, sobre ésta, otra elefanta...

—¡Ay! ¡Cuidado! ¡Que me estás pisando un ojo!

—¡Perdona, querida, no me había dado cuenta!

Los espectadores están demasiado lejos para oír las lamentaciones de las elefantas. Además, en estos momentos sólo prestan oídos a la voz dramática del director:

—¡Pónganse a temblar, damas y caballeros, niños y niñas, porque ha llegado el momento estelar, la hora de la verdad! Dumbo ha de lanzarse desde el trampolín y aterrizar, tras ejecutar un doble voltereta, en la cima de esta montaña humana..., perdón, ¡de esta «montaña elefántica»!



¡Tarratá... ratatá... ratatá...!

El terrible redoble del tambor ha dejado al pobre Dumbo petrificado.

Timoteo, asomando su cabecita entre bastidores, presencia impaciente la función. Impaciente pero orgulloso, pues es a él a quien se le ha ocurrido la idea de anudarle las orejas al elefantito...

—¡Por todos los ratones del mundo! —exclama entre dientes—. ¡Eres la estrella del circo! ¡Vamos, Dumbo, tírate!

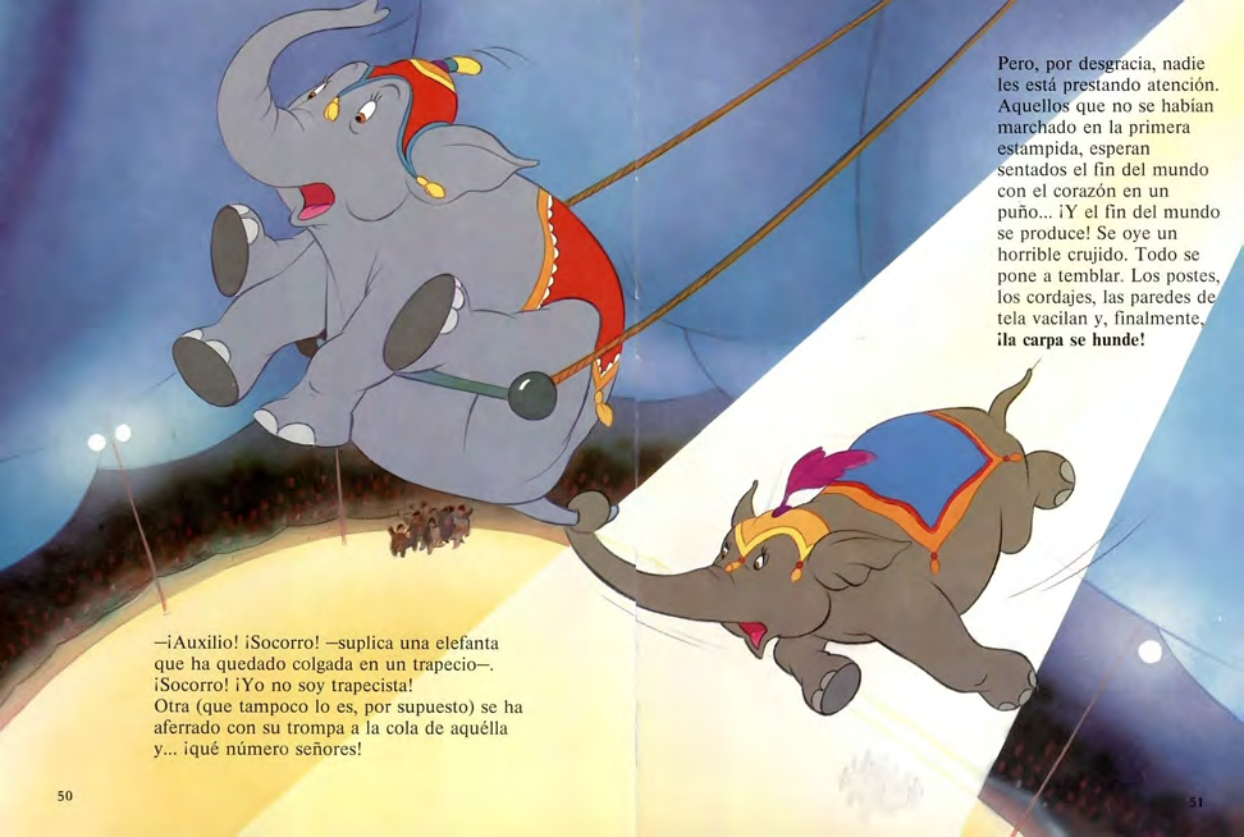
El tambor sigue redoblando... Dumbo piensa entonces en su mamá: «Si triunfo, la pondrán en libertad». Y no lo duda más... ¡Allá va! **¡Hop!**

Pero, en el preciso momento de saltar sobre el trampolín, ¡qué horror! ¡Sus orejas se desatan y sobreviene la catástrofe!





Dumbo ha rodado como una bola por la pista y... ¡Bum! ¡Ha ido a chocar contra el balón que soportaba el peso de aquella «montaña elefántica». Todo se viene abajo estrepitosamente. Se oyen gritos por todas partes. Muchos espectadores, horrorizados, abandonan atropelladamente sus asientos. El director, por su parte, sale corriendo de la pista como un loco.

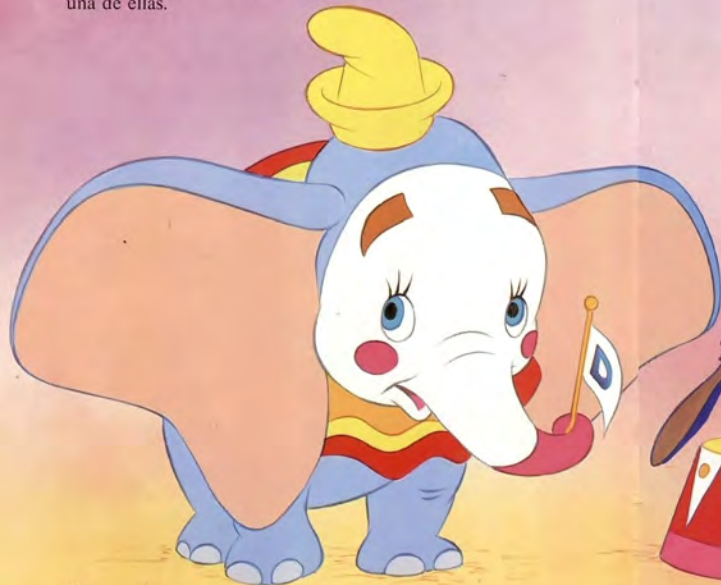


—¡Auxilio! ¡Socorro! —suplica una elefanta que ha quedado colgada en un trapecio—. ¡Socorro! ¡Yo no soy trapecista! Otra (que tampoco lo es, por supuesto) se ha aferrado con su trompa a la cola de aquélla y... ¡qué número señores!

Pero, por desgracia, nadie les está prestando atención. Aquellos que no se habían marchado en la primera estampida, esperan sentados el fin del mundo con el corazón en un puño... ¡Y el fin del mundo se produce! Se oye un horrible crujido. Todo se pone a temblar. Los postes, los cordajes, las paredes de tela vacilan y, finalmente, **¡la carpa se hunde!**

Dumbo ha salido sin ningún rasguño.
Por suerte no ha habido heridos graves; si
acaso, algunos desmayos pasajeros entre los
espectadores y... algunos ojos a la funerals
entre las elefantas.

—¡Pero, por lo menos, servirá para que le den su
merecido a ese estúpido de Dumbo! —murmura
una de ellas.



—¡Puesto que no sirves para nada —decreta el
director—, de ahora en adelante harás de payaso!
—¡Un elefante payaso! ¡Qué vergüenza! ¡Qué
deshonra! —exclaman las elefantas.

A partir de entonces, Dumbo lleva un ridículo
sombbrero sobre la cabeza y una pequeña bandera en
la trompa, con la letra inicial de su nombre.
Función tras función, Dumbo se ve obligado a
soportarlo todo, a recibirlo todo: tirones de orejas,
bolitas lanzadas con cerbatanas, tartas de crema...





Pasa el tiempo y, un buen día, al director se le ocurre cambiar de número: sobre la pista, un gran decorado simulando una casa y, en el último piso de esta casa, un gran bebé con su babero, su gorrito de encaje y su sonajero. ¿Quién será? ¡Dumbo, por supuesto!

El número consiste en provocar un incendio artificial, un extraño fuego que no quema... ¡pero que asusta al más pintado!

Y los payasos, disfrazados de bomberos, se lanzan a prestar auxilio. Dan volteretas, hacen cabriolas y se mofan de Dumbo.



Por fin, la gran escalera está desplegada. Pero aún queda por hacer lo más difícil: trepar por ella hasta lo alto. Chillan, gritan, se pelean... ¡iqué alboroto!. Los más tranquilos aprovechan la ocasión para hacer cualquier cosa menos apagar el fuego: —¡Una barbacoa de tres pisos! ¡Sería estupenda para asar salchichas! ¿Verdad, Mauricio? Mauricio no presta atención a cosas tan materiales; él es un poeta, y en esos momentos sueña que está regando las flores del campo con su mangera... Genaro, por su parte, parece que va a beberse toda el agua que lleva en el caldero. —¡Si tienes tanta sed, nunca podrás llegar a ser un verdadero bombero! —le responde Teodomiro, dándole una palmadita en el hombro. La palmadita en cuestión ha hecho que Genaro pierda el equilibrio, se agarrase con todas sus fuerzas a la escalera y... ¡catapum! ¡Todos abajo!

Sin duda, la mejor solución es que «el bebé» se arroje por la ventana. Siete metros más abajo, los payasos se ha colocado en círculo y extienden una gran red.

—¡Vamos, bebé! ¡Salta! ¡Salta de una vez, caramba!

—¡Si no saltas, el fuego te devorará!

Dumbo sabe bien que el fuego no lo va a devorar, pero el humo está a punto de asfixiarlo ...

—¡Vamos, salta! ¡No tengas miedo! ¡Esto no es como el trampolín!

Esta última frase no le ha gustado nada a Dumbo. Herido en su amor propio, se lanza al vacío. Sus grandes orejas, desplegadas al viento, forman un enorme y extraño abanico...



Pero desgraciadamente, cuando Dumbo cae de golpe sobre la red, ¡Crac!, ésta se rompe y... ¡Pluff!, da con sus huesos y su trompa en una cubeta llena de agua. También esto, por supuesto, estaba previsto. En las gradas, los espectadores estallan en carcajadas. Dumbo logra salir de la cubeta a duras penas. Está completamente empapado: «¡Si me viese mi madre!» piensa.

Y cuando los espectadores prorrumpen en aplausos y bravos, él no se siente halagado. Al contrario, enrojece de vergüenza. Además, son los payasos quienes saludan al público... ¡Son los payasos quienes, una vez concluido el espectáculo, festejarán su éxito bebiendo champán! Lo único que le queda es retirarse de la pista, cabizbajo... y helado de frío: —iiiAaaaaaaaaaaaaaaaa... chis!!!



—¡Caramba, Dumbo! ¡Has estado a punto de coger un resfriado monumental!

Por suerte, Timoteo está allí. Es el más pequeño, pero sin duda el mejor de sus amigos. Con un gran cepillo, que él mismo ha preparado, agua y jabón, ahí lo tenéis frotando que te frota... Acabado el aseo, Timoteo salta sobre la trompa de su amigo y, adoptando un aire misterioso, como para decirle «Dumbo, abre todo lo que puedas las orejas; tengo una cosa muy importante que comunicarte» le espeta: —Tengo unas patitas muy pequeñas, pero un oído y una nariz finísimos... En resumen, he conseguido averiguar dónde se encuentra tu mamá. Vendré a buscarte a las doce en punto de la noche, y te llevaré a verla.

Dumbo, emocionado por tan alegre noticia, ni siquiera tuvo tiempo de hacer el mínimo gesto de agradecimiento; antes de que pudiera reaccionar, su amigo ya se había marchado.





En su prisión, la señora Yumbo tan sólo recibe una visita la día, un visita relámpago: los dos minutos escasos que el domador tarda en echarle de comer... Por eso, ahora no da crédito a lo que está oyendo: ¿quién puede andar golpeando en los barrotes a medianoche?

—¡Mamá! ¡Mamá!

La señora Yumbo casi se desmaya de la emoción.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Por fin, recobrando el aliento, logra responder:

—¡Ya voy, hijo, ya voy!

Ha respondido con una voz entrecortada por las lágrimas... y, con sus grilletes a rastras, apenas es capaz de llegar hasta el ventanuco de la puerta.





—¡Ea, ea, ea, mi pequeño Dumbo, el elefantito más guapo del mundo! Esta es la dulce canción que la señora Yumbo canta a su hijo mientras lo acuna con su trompa. Pero Dumbo ahora no piensa en dormir; además, tiene un montón de cosas que contarle: habla a su mamá de los trapecistas, de los malabaristas, del prestidigitador... de todos los que integran el circo, ¡excepto de los payasos y de las elefantes! Mamá Yumbo no se cansa de escucharle. Tiene la impresión de haber estado encerrada en el calabozo desde hace meses. Es como si hubiera olvidado ya ese ambiente tan especial del circo, el calor del sol y el color del cielo...

Timoteo, muy discreto él, se ha hecho aún más pequeño de lo que es. Sin embargo, a la hora convenida, le advierte a Dumbo:

—¡Ni un segundo más! ¡Tienes que regresar a la tienda! ¡Y no quiero llantos! Toda la inteligencia de mi pequeño cerebro me dice y me repite que muy pronto nuestras penas se esfumarán... ¿lo oyes?, ¡se esfumarán!

Al volver, muy sigilosamente, a sus dormitorios, Dumbo y Timoteo oyen unas grandes carcajadas. Se acercan pasito a pasito. Los payasos están festejando el éxito de su espectáculo..., mejor dicho, ¡el éxito de Dumbo!

—¡Cuando ese pequeño tonto salió de la cubeta como una chupa —decía uno—, casi me parto de risa!
—¡Pues el espectáculo aún sería mayor si se tirara desde más arriba! ¿No os parece? —apuntó otro, antes de soltar una sonora carcajada.

—¡Cuanto más alto, más bonito!
—¡Y cuanto más bonito, más apoteósico!
Dumbo, lógicamente, no comparte estas opiniones. Timoteo le tranquiliza:
—No les hagas caso. ¡No saben lo que dicen! ¡Tienen una borrachera de espanto!
En efecto, el champán corre a raudales. Incluso, sin que nadie se dé cuenta, una botella vierte todo su contenido sobre la cubeta...





Por fin, los payasos, tambaleándose y lanzando unos hipidos muy chuscos, se han ido a dormir.

—¿Y si bebiésemos nosotros también un poquito? —propuso Timoteo.

A Dumbo le pareció una idea muy oportuna: había estado hablando tanto y tan largo con su mamá, que tenía la garganta completamente seca. Además, las emociones siempre dan sed...

Y he aquí a nuestros dos amiguitos bebiendo, a cual más, de la cubeta. Dumbo pronto se siente invadido por una dulce somnolencia: Timoteo, a su vez, toma un baño de champán cantando a grito pelado...





Dumbo ha preferido cerrar los ojos. Y de repente todo comienza a dar vueltas a su alrededor: el suelo, el techo, incluso el propio Timoteo en su «bañera»... Cada vez se encuentra mejor y más a gusto. Ahora tiene la maravillosa impresión de estar volando por los aires. ¡Qué delicia sentirse tan ligero! ¡Y luego todas esas cosas tan bonitas que desfilan ante él! ¡Dos serpientes haciendo sonar sus cascabeles, tres búhos tocando las campanillas, cuatro ranas tocando las castañuelas...!



Cuando el sol, al día siguiente, asoma por entre las montañas, no puede dar crédito a lo que ve: un elefante plácidamente dormido en un árbol, con un sombrero en la cabeza y... un ratón acostado en su trompa. ¡Es increíble! ¡Es verdaderamente increíble!

—¡Venid a ver esto! ¡Venid todos a ver esto!



Ante los repetidos gritos del sol, unos cuervos que se alojaban en un roble cercano acudieron al instante. —¿Estoy despierto o soñando? —se pregunta a sí mismo y en voz alta el más joven de los cuervos. —¡Lo que pasa es que ese sombrero no te deja ver bien! —le responde uno de sus hermanos. —Cuando yo era joven —dice el más anciano—, los elefantes dormían en el suelo, los ratones andaban por los graneros y los peces nadaban en el agua... ¡Pero ya veis cómo han cambiado los tiempos! El jefe de la banda, por su parte y como de costumbre, saborea su puro sin decir ni media palabra. Habla muy poco, pero piensa mucho...





Desde hace un buen rato, el adormilado Dumbo tiene la impresión de que unos cuervos se ha instalado debajo de su tienda. Unos cuervos en el circo, ¡qué caraduras! ¡Pero no es posible! Debe estar soñando. Da media vuelta y continúa roncando.

—¿Y si se le lazase una buena bocanada de humo, directamente a la cara? El elefante probablemente se despertaría, miraría hacia abajo desde veinte metros de altura y... ¡caería redondo! —propone el jefe.

Dicho y hecho. Bajo el efecto del humo, Dumbo abre sus ojos: sólo ve hojas por encima de él, sólo oye el canto de los pájaros... Timoteo se apresura a gritarle:

—¡Por lo que más quieras, no mires hacia abajo! ¡Ni se te ocurra mirar!



¡Demasiado tarde! Dumbo no ha resistido a la tentación y... isobreviene la catástrofe!
—¡Timoteo! ¡Timoteo! —grita desesperado. Parece que no acaba de caer. Se agarraba a todas las ramas que encontraba, pero todas se rompían bajo su peso. Entonces, cerró los ojos y... ¡pobre Dumbo! ¡Hizo el «pluf» más sonoro y espectacular de toda su vida! Detrás viene Timoteo, que, como es mucho menos pesado que su amigo, tarda mucho más en llegar a la charca. Pero, ¡palabra de ratón!, pronto llegará...



—¡Si no se ve, no se cree!

—¡Esto es para desternillarse!

—¡A mí se me parte el pico de risa!

—¡Y a mí el puro!

Los cuervos están como locos: se mordan, se tronchan, se despepitan, se parten de risa...

—¡No tenéis vergüenza! —les grita Timoteo—. Os estáis burlando de un pobre e indefenso elefante. ¡Indefenso! ¿Me oís? Y entonces, visiblemente emocionado, con la voz entrecortada por el llanto, el valeroso ratoncillo les cuenta la triste historia del desdichado Dumbo. Los cuervos, enternecidos por las palabras de Timoteo, se echan a llorar.



—¡Bueno, no lloréis más! —les consuela el propio Timoteo—. Y ahora decidnos cómo os las arregláis para llegar tan alto...

—¡Eso, eso! ¡Decidnos cómo! —insiste Dumbo, completamente empapado.

—Decidnos cómo, decidnos cómo...

—repite a coro los afligidos cuervos.

—Yo recuerdo haber soñado —declara de pronto Dumbo—, y en mi sueño me parece que volaba...

—Que volaba, que volaba...

—¡Pero eso no era más que un sueño! —suspira Timoteo.

—Más que un sueño, más que un sueño...

Los mejores amigos se miran mutuamente: ¡éstos, en vez de cuervos, parecen cotorras! ¡No hacen más que repetir lo que oyen!

—¿Y cómo hacías para volar?

—continúa el ratoncillo.

—Pues así —responde Dumbo agitando sus orejas.

—Entonces, yo sólo veo una solución —concluyó Timoteo— ¡Tú has volado *verdaderamente!* ¡Basta con intentarlo de nuevo!

—Intentarlo de nuevo, intentarlo de nuevo —graznan los cuervos, batiendo sus alas en señal de aprobación.





Dumbo no parece muy decidido isus anteriores saltos al vacío son recuerdos poco gratos! Y como se hace de rogar, interviene el jefe de la banda:

—Toma esta pluma —le dice el cuervo—. Es una pluma mágica. ¡No la sueltes en ningún momento, y volarás!

—¡Ni hablar! ¡Esto está muy alto! ¡Sólo con mirar ya me mareo! —replica Dumbo.

Timoteo comprendió al instante que la tal pluma mágica no era más mágica que la punta de su rabo... El cuervo se la había ofrecido a su amigo para infundirle ánimo y seguridad en sí mismo. «Aunque, si ha volado esta misma noche —pensaba el ratón— ¿por qué no va a ser capaz de volar ahora?»

Pero Dumbo tiene demasiado miedo, aquel peñasco está muy alto...

—¡Le echaremos una mano! —deciden los cuervos.

¡Cuic, cuic, cuic! Tres picotazos en pleno trasero y... ahí está Dumbo precipitándose al vacío.

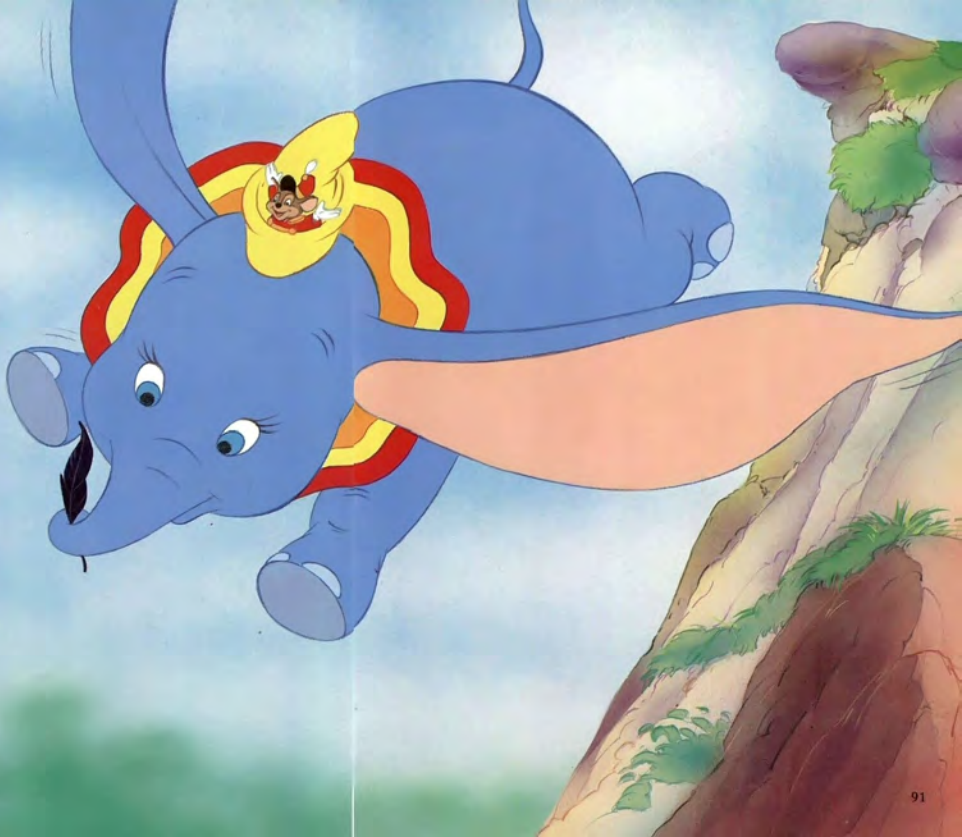
Ya sólo le queda una solución: cerrar los ojos, batir ruidosamente las orejas y agarrarse con todas sus fuerzas a la pluma.

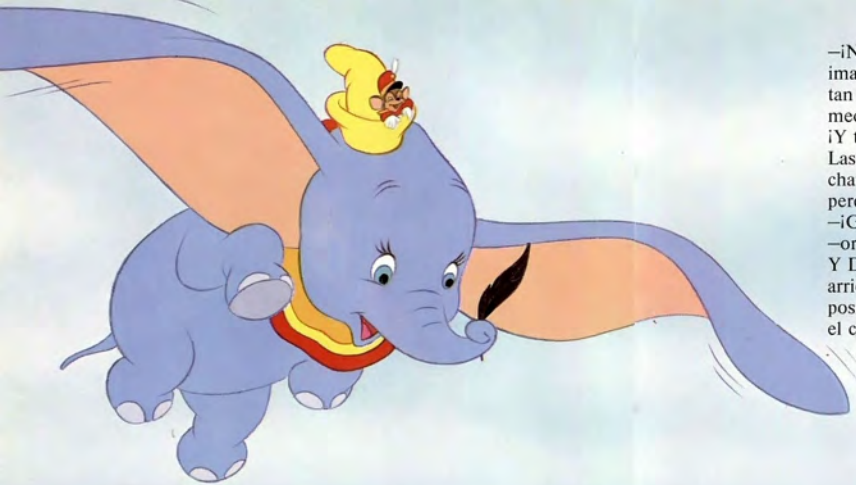
Timoteo, que se había introducido en el sombrero, es el primero en aperibirse del milagro:

—¡Lo has conseguido, Dumbo! ¡Vuelas! ¡Vuelas! —grita, loco de alegría.

Cuando Dumbo, por fin, se atreve a abrir los ojos, ni él mismo se lo cree.

Pero se siente inmensamente feliz. ¡Es el único elefante volador de todo el mundo!






—¡Ni en sueños —piensa Dumbo— pude imaginarme que esto fuera así! ¡Qué sensación tan fantástica! ¡Es como si tuviera unas orejas mecánicas!

¡Y todo es tan bonito visto desde las alturas! Las colinas parecen manzanas; los árboles, champiñones, y el río es como una joya perdida entre los valles...


—¡Giro a la derecha, acrobacia y rectificación!
—ordena el comandante desde el sombrero.
Y Dumbo gira a la derecha, hace una arriesgada pirueta en el aire y vuelve a su posición normal. Digamos que navegaba por el cielo... ¡como un pez por el agua!



A media tarde, los dos amigos ya están de regreso. Nadie ha advertido su fuga, nadie conoce su secreto... El número del incendio va a comenzar. Los payasos creen haberle jugado una buena pasada a Dumbo añadiendo varios pisos más a la casa de fuego. ¡Qué «pluf» va a hacer en la cubeta! Ya sólo con pensarlo, se parten de risa.
—¡Vamos, Bebé, salta, o el fuego te devorará! Y Dumbo, sin poder ocultar su alegría, se lanza al vacío...



¡QUE HORROR!
¡Dumbo, presa de la emoción, ha dejado escapar la pluma! Sus orejas quedan como petrificadas por el pánico y... comienza a caer, a caer, a caer... Timoteo, desde el sombrero o torre de control, le grita inmediatamente: —¡Lo de la pluma era cuento! ¡Olvidate de la pluma! ¡Tú sabes volar, Dumbo, tú sabes volar! Y entonces, a dos metros escasos del suelo, Dumbo se sobrepone, bate fuertemente las orejas... ¡y logra una magnífica ascensión! Sube como un flecha. Se siente como en la gloria.

A colorful illustration of Dumbo, the white elephant with large blue ears, flying through the air. He is wearing a blue suit with a yellow bow tie and has a joyful expression. On top of his head, a clown in a yellow suit and red hat is riding him. The background consists of large, curved, light blue and orange shapes, suggesting a stylized sky or a circus tent. The overall scene is dynamic and celebratory.

Durante unos minutos, Dumbo vuela aleteando incesantemente sus orejas; hace los más extraños virajes, las más audaces acrobacias en medio de un silencio impresionante. El público, desde las gradas, contempla el espectáculo boquiabierto, estupefacto, sin respirar siquiera...

Incluso los payasos han enmudecido. Pero lo más divertido para Dumbo y su «comandante» son, sin duda, esas furibundas miradas de las señoras elefantas... ¡Cosas de la envidia!



El público prorrumpe en unos aplausos ensordecedores. Esta vez van dirigidos a Dumbo, y sólo a Dumbo.

—¡Lo nunca visto! ¡Un elefante volador!

—¡Increíble! ¡Magnífico! ¡Asombroso!

—¡Absolutamente asombroso! —añade una señora anciana... antes de desmayarse sobre las rodillas de su vecino.





—Ahora hay que asegurar bien el aterrizaje —le aconseja el prudente Timoteo—. Despliega las orejas todo lo que puedas, enfila en línea recta hacia la banqueta y desciende despacio, muy despacio.

Tan pronto como Dumbo aterrizza, el director en persona acude a felicitarle.

Al día siguiente, el nombre de Dumbo aparece en las portadas de todos los periódicos. En ruso, en inglés, en chino, en todos los idiomas y en todos los países, ¿de quién se habla? ¿Quién es ese «fenómeno alucinante»? ese «campeón de campeones», esa «superestrella genial» ¿Quién?

¡DUMBO, por supuesto!
¿Y quien se frota las
manos «Voy a hacer una
fortuna colosal!» el
director, evidentemente...

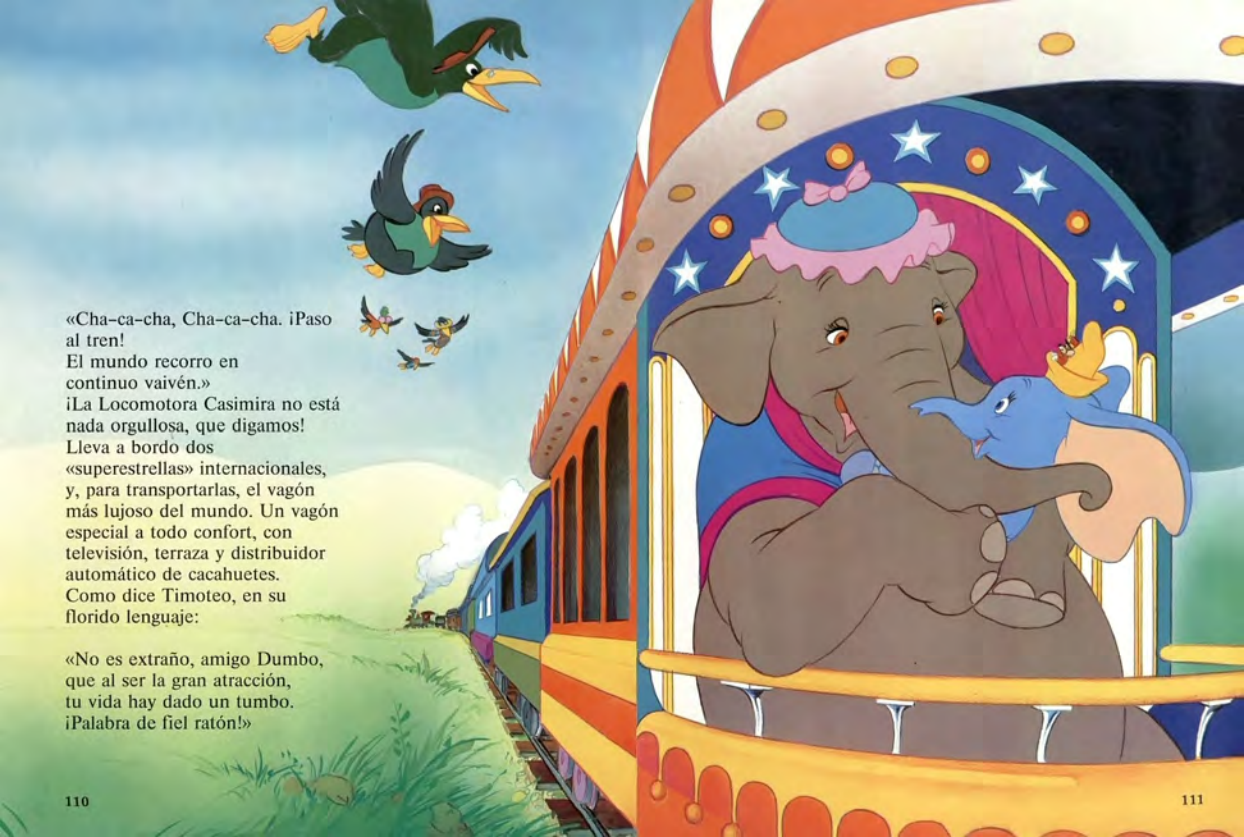


A Dumbo, en cambio, no le preocupa en absoluto ser rico. Además, ni siquiera sabría lo que eso significa. Lo único que sabe es que su sueño se ha hecho realidad: es el Rey del Circo, sus orejas son las más admiradas del mundo y su mamá está de nuevo libre. Todas las noches, a la salida del espectáculo, le espera para felicitarle, abrazarle, acariciarle amorosamente...

—¡Gracias, Timoteo! ¡Eres el ratón más bueno y más sabio del mundo!

-¡Ya decía yo que este elefantito
llegaría lejos!
-¡Eso se veía nada más nacer!
-¡Habría que estar ciego para no
darse cuenta!
-¡Era ya tan guapo y tan valiente!
Y patatín, patatán...

Oyendo tales mentiras,
a Timoteo ya se le están hinchando
las narices. Siente como un extraño
picor en los bigotes, y la pluma que
adorna su sombrero se le eriza de
cólera...
Si Dumbo no lo hubiera retenido,
¡quién sabe lo que allí hubiera
pasado!



«Cha-ca-cha, Cha-ca-cha. ¡Paso al tren!
El mundo recorro en continuo vaivén.»
¡La Locomotora Casimira no está nada orgullosa, que digamos!
Lleva a bordo dos «superestrellas» internacionales, y, para transportarlas, el vagón más lujoso del mundo. Un vagón especial a todo confort, con televisión, terraza y distribuidor automático de cacahuetes. Como dice Timoteo, en su florido lenguaje:

«No es extraño, amigo Dumbo, que al ser la gran atracción, tu vida hay dado un tumbó. ¡Palabra de fiel ratón!»



© 1986 The Walt Disney Company
Ediciones Gaviota, s. a. - Madrid
Reservados todos los derechos
ISBN: 84-392-8429-2
Depósito legal: LE. 1059-1987
Printed in Spain - Impreso en España

Editorial Evergráficas, S. A.
Carretera León - La Coruña, km 5
LEÓN (España)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Obras clásicas Disney

Merlin el Encantador
Pinocho
Peter Pan
Alicia en el País de las Maravillas
El Libro de la Selva
Donald y sus amigos
Basil, el ratón superdetective
Tarón y el caldero mágico
La Cenicienta
Dumbo
La Bella durmiente del bosque
Bambi
Blancanieves y los siete enanitos
Los Aristogatos
101 Dálmatas
La Dama y el Vagabundo
La Navidad de Mickey
Robin Hood
El osito Winnie
Tod y Toby
Los Rescatadores

Ediciones Gaviota, s.a.

ISBN 84-392-8429-2